

# CAUSAS DE DETERIORO DE UNA PROFESIÓN

Ana Schoebel Orbea  
I.P.H.E.

## Resumen:

La especialidad de restauración textil es reciente en España, pero no parece lograr desprenderse de los prejuicios ligados a sus comienzos como un oficio artesanal realizado por mujeres. La ausencia de una enseñanza superior es la principal causa de su estancamiento, así como la facilidad con que se pueden incorporar al mercado laboral personas con escasos conocimientos y experiencia, dada la falta de control por parte de la Administración. La situación se agrava actualmente por la proliferación de cursillos, que atienden a una demanda creciente por parte de restauradores de otras especialidades, acuciados por el paro, que ven en este campo una posible salida profesional. Otras causas de deterioro son el desconocimiento de nuestro trabajo, la precariedad laboral y el bajo nivel de reconocimiento social y retribución económica.

Frecuentemente comienzo una conferencia con esta frase: la restauración textil es una especialidad muy reciente. Pero de hecho hace ya cuarenta años que se incorporó a los museos en España, siguiendo los principios de la conservación recomendados por los organismos internacionales. En otros campos como los tapices y alfombras, las manufacturas llevan siglos reparando las piezas deterioradas, y aun está pendiente la actualización de su metodología y criterios.

Cuarenta años son un tiempo prudencial para poder analizar el camino recorrido y hacia donde parece que nos dirigimos. Desde los años 60 han surgido talleres de restauración textil en varios centros de restauración y museos. Se han creado poco más de media docena de puestos oficiales fijos y otros tantos temporales que gozan de una buena continuidad. Existe cada vez más oferta de trabajo en este campo, y consecuentemente crece la demanda de formación. Estos son pasos hacia delante, pero la sensación que tenemos las personas que trabajamos en este campo no es tan optimista. La profesión se está deteriorando porque no logra romper con el concepto anticuado de la restauración y la causa principal, aunque no la única, es la ausencia de una enseñanza superior de calidad.

La restauración es una profesión que requiere destreza manual, sensibilidad artística, conocimientos técnicos e históricos de la materia así como una base científica, para lo que se precisan unos sólidos cimientos educativos. La responsabilidad que se nos encomienda es, en teoría, muy grande. Trabajamos con piezas que tienen un valor histórico y artístico estimado en cifras millonarias. Somos responsables de conservar la integridad material de unos objetos que la sociedad considera documentos de su pasado. ¿Como es posible que se exija esta responsabilidad a personas sin formación? El único control que puede ejercer la Administración, al no existir la formación, es el de exigir una probada experiencia profesional, por lo que volvemos a la situación de los años 60 en la que adquiriría categoría de restaurador todo aquél que ejerciera como tal. Desde ese punto de vista se sigue considerando que nuestro trabajo es puramente manual y por tanto de inferior categoría. Este retraso es más evidente en nuestra especialidad que en otras como pintura o escultura. Ello se debe al origen de la restauración, que surge a partir de la demanda de los Museos de Arte, y se imparte consecuentemente en las facultades de Bellas Artes, mientras que la restauración textil se identifica aún con la costura primorosa realizada por mujeres. Es verdad que una parte sustancial de nuestro trabajo consiste en coser, pero se nos juzga con superficialidad y una cierta

dosis de desprecio misógino, porque según esta lógica el restaurador de piedra sería un picapedrero, y el de pintura algo parecido a un delineante.

Debido a la ausencia de formación, los jóvenes que desean especializarse en tejidos se dirigen a los que trabajamos en este campo, solicitando que les enseñemos. Por muy buena voluntad que tengamos, evidentemente no podemos evitar transmitir nuestras carencias, ya que tampoco nosotros tenemos una formación completa. La ampliación de nuestros conocimientos y su actualización depende de nuestro esfuerzo económico y personal, porque prácticamente no existen publicaciones ni cursos de perfeccionamiento y así este círculo se cierra, impidiéndonos a todos crecer profesionalmente.

La demanda de estos jóvenes está provocando que surjan cursillos, escuelas-taller, o masters relacionados con la conservación de tejidos. A pesar de su corta duración, supondrían un paso adelante si sirvieran como una introducción al tema, para que la sociedad comenzara a entender que esta especialidad es tan compleja como cualquier otra. El problema es, que al no existir otra titulación, y estar avalados por instituciones de prestigio, están comenzando a considerarse suficientes para incorporarse al mercado laboral. Es evidente que no puede culparse a los restauradores, pero si la Administración es la responsable del Patrimonio, debería ser consciente del peligro que supone aprender restaurando, sin el control de una enseñanza reglada y oficial.

Esta aparente falta de control y reconocimiento de nuestro trabajo se confirma por el bajo nivel de retribución de los restauradores en general. Vivimos en una sociedad materialista, donde el valor de las cosas se mide por el dinero que cuestan, y el trabajo de un restaurador, comparado con otras profesiones de similar responsabilidad, es muy barato. Probablemente esto implica que la sociedad no nos tiene en una consideración muy alta. Si comparamos nuestros sueldos con los de colegas de otros países europeos, descubrimos que los suyos son tres o cuatro veces superiores. Esta mejora se ha producido en los últimos veinte años y es consecuencia de un cambio importante en la formación.

La situación en origen era semejante a la nuestra: proliferación de diversas escuelas con niveles distintos de titulación y acceso al mundo laboral a través de unas simples prácticas realizadas en museos o incluso en talleres privados. La alarma sobre el peligro de continuar en este sentido se encendió gracias a la llamada de atención de los científicos sobre las causas de deterioro de las obras de arte, y las consecuencias que los múltiples tratamientos de restauración estaban ocasionando. Había que redefinir la profesión.

De esta forma fueron surgiendo códigos éticos en cada país, y la formación comenzó a unificarse a nivel universitario superior. Como es habitual hoy en día, incluso el acceso es selectivo. La duración tiende a homogeneizarse en toda Europa en cuatro años, y la mayor parte de las escuelas combinan una formación teórica de carácter histórico y científico de alto nivel, junto con un elevado número de horas de prácticas que suelen realizarse gracias a convenios con museos, siempre bajo el control del profesorado. Algunas escuelas incluso exigen una estancia en un museo o institución de prestigio en

el extranjero como colofón a la formación. La fama reconocida del alto nivel de especialización de estas escuelas permite que los alumnos sean aceptados en museos de fama internacional.

Con el paso de los años, la apuesta de la Administración por una enseñanza de calidad ha dado sus frutos. Estos profesionales que son personas muy competitivas y bien formadas están presionando como colectivos para que su nivel profesional sea reconocido, incorporándolos a puestos de dirección con poder de decisión y sueldos equivalentes, tanto en museos como en centros de restauración.

Y uno se preguntaría: ¿qué pasa con el colectivo de profesionales que existía en cada país y que no pertenecen a esta nueva élite? La solución americana parece ser la que se está adoptando de forma generalizada. Se tiende a considerar que existen dos categorías de restauradores, una superior compuesta por las personas que han obtenido esta formación de alto nivel y que están preparados para dirigir proyectos, enseñar y participar de la gestión de las colecciones, y una segunda categoría denominada técnicos, cuya formación es más práctica y que suelen estar a las órdenes de los primeros. En algunos países se articulan ya pruebas de acceso para poder ascender de una categoría a otra.

Volviendo a nuestra profesión en España, las probabilidades de superar la situación actual en un futuro, aunque sea a largo plazo, no son prometedoras. En mi opinión la creación de la especialidad de tejidos, tantos años esperada, dado las actuales circunstancias de la formación, no solucionaría los problemas. Probablemente quedarían estancados para muchos años más, ya que la Administración consideraría zanjada la cuestión.

Debido a nuestra categoría laboral, el techo profesional además seguiría siendo muy limitado, ya que tampoco podemos desarrollar una carrera profesional dentro de la Función Pública, que nos permita optar a puestos de responsabilidad y dirección, con el consiguiente aumento de sueldo, lo que resulta muy frustrante si tenemos ambiciones profesionales.

La posibilidad de ejercer presión como colectivo es imposible, en realidad parecemos una especie a extinguir. La Administración Central no crea nuevos puestos de trabajo para restauradores desde hace doce años. Esta es una situación que afecta también a otros países. Se tiende cada vez más a encargar los trabajos de restauración a empresas privadas o profesionales libres, por lo que corremos el peligro de que se requieran sus servicios solo cuando una pieza ha llegado a un estado lamentable, o bien se desea simplemente mejorar su aspecto para una exposición. Ambos casos nos devuelven al concepto obsoleto de restaurador artesano que trabaja en una obra tras otra, sin una visión global de las colecciones y sus prioridades.

En los últimos años las investigaciones realizadas por los científicos que analizan el deterioro y sus causas, inclinan la balanza hacia la elaboración de planes de conservación preventiva en vez de intervenciones de restauración. Estas últimas se consideran una agresión acumulativa, aunque a veces necesaria, pero que aleja cada vez más al objeto de su aspecto original. Sin embargo la conservación preventiva solo puede llevarse a cabo si existe un contacto directo y cotidiano con las piezas, lo que resulta imposible con restauradores contratados. En los países que han incorporado esta metodología de trabajo de forma sistemática, los restauradores han encontrado un nuevo campo de desarrollo profesional, puesto que les obliga a tener una visión de conjunto de la colección, establecer listas de prioridades y tomar decisiones en colaboración con otros responsables del museo. No hay ninguna duda de que la conservación preventiva está logrando que trabajen en equipo todos los profesionales de museos, superando las tradicionales rencillas entre conservadores y restauradores, lo que sin duda es una ventaja para la supervivencia de las colecciones.

A la vista de lo anteriormente expuesto uno se pregunta como es posible que cuarenta años más tarde, un patrimonio textil tan importante en calidad y cantidad como el nuestro, dependa aún de un grupo muy reducido de personas, que parten de graves carencias de formación y no disponen de posibilidades de mejorar.

Si la Administración tiene la responsabilidad del Patrimonio, es ella la que debe tomar las decisiones oportunas para comenzar a salir del caos en que nos encontramos. Es evidente que los profesionales estamos sufriendo las consecuencias, pero indudablemente a la larga, la verdadera víctima serán esos objetos que, se supone, valoramos tanto.